

Democracia Cristiana Errática y Oportunista

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

TRAS el golpe a la prensa peruana —cuya justificación histórica es absolutamente cuestionable— ha sido nombrado para dirigir "El Comercio", el diario limeño con 135 años de edad, el señor Héctor Cornejo Chávez, brillante escritor y orador parlamentario. Es el máximo líder de la democracia cristiana en su país, que apoyó a la fuerza armada del Perú desde el golpe de octubre de 1968.

Al cohonestar de esa manera la autoritaria disposición del gobierno militar, la democracia cristiana de Perú marca otro hito en el rumbo errático y oportunista que esa tendencia política ha tenido, en el último decenio, en América Latina.

Es inocultable el celestinaje que en favor del cuartelazo del 11 de septiembre de 1973 realizó en Chile el Partido Demócrata Cristiano (PDC). El sexenio presidencial de Eduardo Frei había indicado ya las graves limitaciones del reformismo democristiano, causado por la heterogénea composición de sus cuadros. Y al sobrevenir el triunfo electoral de la Unidad Popular, en 1970, el despecho de los sectores más tradicionalistas del PDC condujo al partido a una guerra innoble contra el gobierno de Salvador Allende.

Sin los buenos oficios de la democracia cristiana, el golpe militar chileno no hubiese sido posible. Hoy, esa formación política está recogiendo la cosecha de lo que sembró. El partido fue declarado en receso, sus medios de difusión cerrados, acalladas las voces de quienes, a pesar de su militancia en ese partido, se resisten a admitir la dictadura. Con todo, la junta militar les ha dispensado un trato benevolente, pues no puede olvidar los servicios que de la DC recibió el fascismo de hoy.

En Guatemala, la democracia cristiana apoyó en la elección más reciente a un militar; en El Salvador, intentó sin sustento popular una rebelión que resultó fallida, si bien era plausible la protesta contra el fraude cívico; en Argentina, en Dominicana, la pulverización de la democracia cristiana la pierde en la ineficacia.



HACE una docena de años, se procuró formar en México una agrupación democristiana. En aquel momento la doctrina correspondiente aparecía como una opción libertaria, propiciadora de valores comunitarios, ajena a la violencia explotadora del capitalismo y a la rigidez estatista del estalinismo. Hubo quienes creyeron —incluido entre ellos el autor de este artículo— que el conservadurismo de la democracia cristiana europea se transformaría en tesis revolucionaria al contacto con las miserias latinoamericanas; y que en México, la ficción del sistema de partidos exigía la formación de uno nuevo con aquellos rasgos.

La dura prueba de los hechos diluyó en la inmensa mayoría de aquellos militantes la primera parte de tal convicción; y en muchos surgió una nueva, como secuencia natural de un proceso de toma de conciencia: la de que es necesario ir más allá del oportunismo errático de la democracia cristiana. Y así, desapareció el movimiento formal de esa tendencia.

Empero, se convirtió en un fantasma. A menudo se cita hoy a la democracia cristiana como fermento de agitación. Con fuentes de segunda mano, Vicente Fuentes Díaz llegó a escribir un libro poco respetable sobre la materia. Otros todavía menos respetables han surgido también por allí, pretendiendo probar la existencia de una inexistente conspiración fraguada por una inexistente asociación política.

Ha sido doloroso asistir a la muerte de una esperanza que se alimentó en la propia conciencia. Pero es preferible saber y decir que así ha sido.